

Das Kapital

GUSTAVO MELAZZI*

El compromiso político con los trabajadores es un principio ético irrenunciable en *El capital*. Pese a una vida inmersa en la pobreza familiar, el trabajo intelectual y el activismo político de Marx le permitieron realizar una investigación a fondo del capitalismo, que culminó en la publicación del libro primero en 1867. A la fecha, no existe mejor explicación del funcionamiento del sistema capitalista, aunque no todo se encuentra contenido en él. El sistema mundial capitalista está en constante cambio, por lo que los fenómenos económicos adquieren gran complejidad y diversidad. Sin embargo, las categorías básicas, el método de análisis y las tendencias del sistema se mantienen, de manera que *El capital* continúa vigente en varios planos y niveles.

Hace 150 años, en septiembre de 1867, en Hamburgo, se publicó el primer tomo de la obra cumbre de Carlos Marx.

Feroces campañas en su contra y mentiras, miles de veces lo dieron por equivocado y anticuado.¹ Durante las últimas décadas, ante sus imbatibles argumentos, se opta por la «conspiración del silencio». Es también la cultura del sometimiento, vía la soberbia, la ignorancia y el ninguneo. Pero el segundo libro más vendido en la historia mantiene vigencia. Es lógico. Ninguno como *El capital* descubre y muestra los procesos sociales por los cuales el capitalismo funciona con base en la explotación del trabajo; y allí eso queda al desnudo. Los trabajadores del mundo tienen a su disposición las razones y formas en que eso sucede.

Cuando cae el Muro de Berlín e implosiona la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

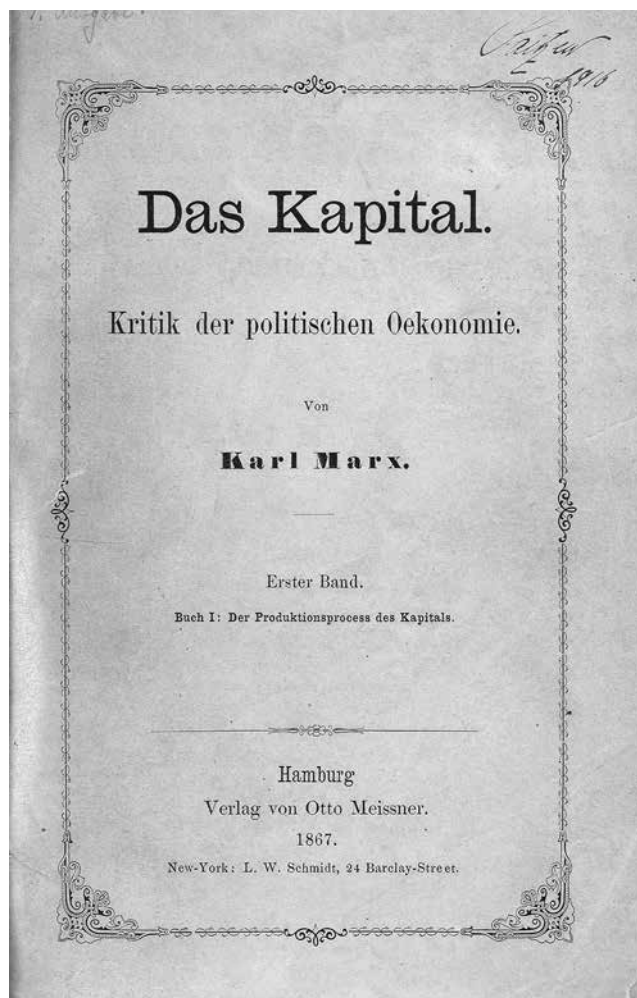
(URSS), se hace a Marx responsable. Nada más falso, como si de la explicación de cómo funciona el capitalismo se derivaran regímenes políticos. Pese al transitorio optimismo generado entre los capitalistas, el ataque frontal del neoliberalismo contra el *Welfare State* europeo y la posterior crisis iniciada en 2007, aún sin vías de solución (y tampoco de explicación), ponen las cosas en su lugar. Aunque los capitalistas no lo sepan (y tampoco sus economistas), Marx tiene un aliado clave: el propio capitalismo. Frente a la falsa visión de que los asuntos económicos se resuelven aleatoriamente, según decisiones individuales en los mercados, las tendencias que Marx demuestra pesan. Se aplica aquí la frase del literato Alfred Döblin de 1918: «Impertérrito, el destino aguantaba el timón».²

El propio capitalismo, con su tendencia a la desigualdad, a la pobreza (pese a increíbles

* Miembro de la Red de Economistas de Izquierda del Uruguay

¹ Agradezco los comentarios de Oscar Mañán.

² Alfred Döblin, *Burgueses y soldados*, Argentina, Edhasa, 2011, p. 284.



Ninguno como *El capital* descubre y muestra los procesos sociales por los cuales el capitalismo funciona con base en la explotación del trabajo.

aumentos de productividad que permitirían una vida decorosa a todos en el mundo), a ciclos de auge y depresión y crisis, y a expandirse mundialmente, verifica las conclusiones de *El capital*. La promesa de un mundo de bienestar para todos a partir del libre desarrollo del capitalismo está hecha pedazos. Si agregamos la debacle ambiental planetaria en que nos está sumiendo el producir para la ganancia, queda clara la barbarie del sistema.

El origen de *El capital* tiene un principio ético: el compromiso con los trabajadores. La participación de Marx en movilizaciones, publicaciones, organizaciones de trabajadores, etcétera, y no obstante a una vida difícil enmarcada en la pobreza, lo llevaron a investigar a fondo el capitalismo, ello culminó en la publicación de 1867 (supervisada por el mis-

mo Marx), dejando cuadernos, apuntes, que Engels ordenó en los tomos II y III de la obra, años después de su muerte.

No existe mejor explicación del funcionamiento del sistema capitalista. No por ello debe pensarse que allí «ya está todo». La diversidad y complejidad de un sistema mundial modifica constantemente las formas y manifestaciones de los fenómenos económicos, pero las categorías básicas, el método de análisis y las tendencias del sistema se mantienen.

Los siguientes temas resaltan la vigencia de *El capital*. Es usual, incluso en la academia, acusar a la economía política de «ideológica». ¡Por supuesto que lo es! Pero en ciencias sociales *todas* las concepciones lo son. No existe la tan mentada «neutralidad»: desde la elección

del objeto de estudio, el método, las categorías, etcétera, la ideología ya está involucrada.³

Uno de los eslóganes más comunes de la teoría económica neoclásica es la «defensa de la competencia» (incluso forma parte de ingenuas propuestas progresistas). Pero es evidente que pocas y grandes empresas controlan los mercados. La competencia conduce necesariamente a la concentración del capital. Progresivamente, este proceso trasciende fronteras («mundialización», le llamaba Marx), y explica entonces las actuales empresas transnacionales.

Es usual que casi todo lo que ocurre se atribuya a «la globalización», ese fenómeno en apariencia nuevo. Pero, al analizarlo en su proceso histórico (económico y político), es exactamente el proceso anterior. Acelerado, en efecto, por las innovaciones en las comunicaciones y el transporte, y respaldado por los países dominantes. Hace veinte años un célebre economista canadiense lo esclarecía: «La globalización no es un concepto serio. Nosotros, los norteamericanos, lo inventamos para ocultar nuestra política de penetración económica en el exterior».⁴

Se nos adoctrina en que «el mercado regula» y su libre funcionamiento garantiza la paz social y la democracia. Pura ilusión ideológica. *El capital* nos enseña que los elementos centrales ya están predeterminados por la producción; por lo que se produce y con qué costos y ganancias, además de los ingresos de los consumidores, y la determinación del valor de la fuerza de trabajo. Incluso el manejo capitalista de la tecnología también está dirigido a desplazar trabajadores, para mantener una masa de desocupados que presione a la baja los salarios.

En realidad, más allá del mito neoclásico, el «regulador» del sistema, el mercado, refiere al *único* factor de producción, al *único* generador

de riqueza: el trabajo. El verdadero regulador, el disciplinador, es el miedo. Miedo al hambre, miedo a no tener empleo para disponer de algún ingreso para la familia, miedo a traspasar límites impuestos durante siglos y a la fuerza. Manuel Scorza lo expresa con crudeza: «Animal feo es el hombre: el único que muere de hambre mirando el alimento que por miedo no se atreve a tocar».⁵

Dos de las claves descubiertas por Marx son la diferencia entre valor de cambio y valor de uso, y entre fuerza de trabajo (la capacidad) y trabajo (el resultado). La fuerza de trabajo es la única mercancía cuyo valor de uso crea nuevo valor. De este valor producido, una parte se le devuelve en forma de salario y la otra constituye la plusvalía que se apropia el capitalista para su disfrute, y para reproducir el sistema. De ahí que el capital sea una relación social, valor que se valoriza, muy distinto a su asimilación neoclásica a máquinas e infraestructura. He aquí las dos clases sociales básicas: trabajadores asalariados y capitalistas. No son invento de nadie, el sistema capitalista las formó. Y el conflicto es obvio.

La derecha nos habla de libertad, del desarrollo de la subjetividad, conculcadas por Marx y sus sucesores. Pero la única libertad del capitalismo es la que tiene la inmensa mayoría de la población mundial para vender su fuerza de trabajo a los poseedores de los medios de producción; expuestos cotidianamente a una masiva y formidable maquinaria de fabricación de necesidades y ametrallados por medios dirigidos a «no pensar», a consolidar el aislamiento individual.

El capital, hoy... y mañana. Son 150 años, pero nos da pistas para cambiar el futuro. Al descubrir las claves del capitalismo nos señala qué cosas, en última instancia, debemos sustituir, y qué construir.

³ Véase el trabajo del filósofo español Adolfo Sánchez Vázquez, *La ideología de la neutralidad ideológica en ciencias sociales*, varias ediciones.

⁴ John Kenneth Galbraith, entrevista en *Folha de S. Paulo*, noviembre, 1997.

⁵ Manuel Scorza, *El jinete insomne*, Madrid, Monte Ávila, 1978, p. 192.

Nuestras vidas están mercantilizadas y al servicio del capital. Surge una pregunta primordial: ¿podemos los seres humanos desarrollar relaciones sociales diferentes a las del mercado? La desmercantilización es un pro-

ceso clave. En su única referencia a la sociedad futura, el socialismo, Marx lo caracteriza como una sociedad de hombres libres, trabajando colectivamente. 🕊

La única libertad del capitalismo es la que tiene la inmensa mayoría de la población mundial para vender su fuerza de trabajo a los poseedores de los medios de producción; expuestos cotidianamente a una masiva y formidable maquinaria de fabricación de necesidades y ametrallados por medios dirigidos a «no pensar», a consolidar el aislamiento individual.

